

Discurso del Dr. Charreau al asumir la presidencia del CONICET

Deseo agradecer a la Academia Nacional de Medicina, el ofrecimiento de su histórica Aula Magna para la realización de este acto y lo asumo como indicativo de la trascendencia que esta Honorable Academia le da al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.

Es un honor aceptar el cargo de Presidente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.

La vida ha sido más que generosa al haberme brindado la posibilidad de presidir las dos Instituciones tan queridas por su fundador, el Profesor Bernardo Houssay: el Instituto de Biología y Medicina Experimental, un centro de excelencia que contribuyó a cimentar la Ciencia Argentina con investigadores como Leloir, Braun Menéndez, Foglia, Orias, Lewis, Fasciolo y Burgos, y el CONICET que logró formar más de una generación de científicos que fueron poblando nuestra Patria y con su labor, colocaron a la Argentina en el mapa mundial de la Ciencia.

De un Instituto de Biología y Medicina Experimental con una decena de miembros, pasé a recibir un Instituto con un par de centenas. De un CONICET personalizado, donde de puño y letra su presidente daba la bienvenida a los nuevos integrantes, paso a recibir una Institución que, solamente en el área académica, moviliza anualmente 14 000 expedientes que generan alrededor de 40 000 actos administrativos y que no ha colapsado todavía gracias al singular espíritu de pertenencia de sus miembros de planta y sus científicos, que participan honorariamente como evaluadores y asesores en todas las acciones académicas. Una Institución que a pesar de todo, con el 23% del presupuesto y recursos humanos del Sector Público para Ciencia y Tecnología, produce casi el 70% de las obras indexadas de alcance internacional de todo el Sistema Nacional de Ciencia y Tecnología.

Es también motivo de satisfacción que, independientemente de la designación actual, se haya vuelto a la sana práctica de considerar también otras virtudes y defectos de los candidatos a la Presidencia del CONICET y no meramente la pertenencia partidaria. Seguramente llegará el día en que los mismos investigadores podrán elegir al presidente del organismo.

Señoras y señores, mi compromiso es con la Institución que me dio la oportunidad de crecer y con la Universidad que me educó. Mi compromiso es con este agitado declive que en el reparto de la Madre Tierra nos tocó en suerte recibir por Patria.

Además de con su ejemplo, en dos oportunidades puntuales Bernardo Houssay marcó el rumbo de mi vida. La primera –hace más de 35 años– cuando al finalizar mi postgrado externo y con todo el entusiasmo de juventud había decidido aceptar un cargo de profesor en la Facultad de Medicina de Harvard, para lo cual tenía que cambiar de visa. No había evaluado un imponderable; quien debía autorizar tal cambio era el propio Houssay y para él, *“si bien la ciencia es universal, los científicos tienen Patria y por ella deben trabajar”*. Se me otorgó un mes para resolver los problemas familiares y retornar al Instituto. Mirando retrospectivamente al pasado, no me arrepiento de haberlo hecho.

La segunda –hace unas semanas– cuando debía decidir la aceptación de esta designación y en medio de sentimientos ambivalentes revisaba desordenadamente los papeles de mi escritorio en el

que fuera su despacho, apareció inexplicablemente la copia de una carta que Houssay enviaba a un amigo desde su corto exilio en Washington y que en la parte pertinente decía *“Nos quieren hacer quedar y hasta ofrecen traer todo el personal de Buenos Aires, si quiero. Pero entre el 9 y el 12 de Abril estaré en Buenos Aires. El 31 de Marzo acaba mi compromiso. Los recursos son amplios, la gente amable, ávida para aprender, llena de interés científico. Pero no olvido que mi vida está consagrada a cosas casi imposibles, muchas de las cuales y otras inesperadas han ido llegando. Quiero dedicarme al desarrollo científico del país donde nací, me formé, tengo amigos, nacieron mis hijos, luché, aprendí, enseñé”*.

La decisión estaba tomada, aceptaría la designación. Mirando al futuro, espero no arrepentirme.

La Argentina es considerada un país con tradición científica, y ha contribuido al avance de ese campo con algunas figuras descolantes. No obstante, al comenzar un nuevo siglo, la ciencia en la Argentina no ha dejado de ser una actividad marginal, cualquiera sea el parámetro que se utilice para medir su peso relativo respecto de otras actividades. Si se contabiliza el número de sus cultores, se verá que apenas cinco de cada diez mil habitantes podrían aspirar a llamarse investigadores científicos, aunque se defina este término con una amplitud que su verdadero significado quede desdibujado.

Sin embargo, el país conoció períodos de actividad académica y universitaria destacada, y durante algunos de ellos, se gestaron instituciones y modalidades de funcionamiento que fueron modelo para otros países de la región, como fue la creación del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas que significó el reconocimiento político que la investigación científica debía transformarse en profesión y que esta actividad era importante para la sociedad.

A pesar de los logros científicos individuales, el sistema científico perduró más como sobreviviente que como parte estratégica de Política Nacional. Las prácticas disruptivas en materia de políticas científicas determinaron la pérdida de una o más generaciones en diferentes campos de esa actividad. A su vez, las crisis económicas y sus secuelas de ajustes indiscriminados, han contribuido con lo suyo para, en un alarde de ironía, dar continuidad a la historia de discontinuidades. Es como si la Argentina mantuviera la eterna paradoja: una casi sistemática falta de apoyo y estímulo a la ciencia por un lado y por otro, un número de científicos destacados –no habitual en los países poco desarrollados– y una calidad no desdeñable en las investigaciones que se mantienen. Son oportunas aquí las palabras de César Milstein *“tanto en la Ciencia como en el cuento Alicia en el País de las Maravillas, hay que correr mucho y muy rápido para estar en el mismo lugar”*.

En los últimos años, si bien el compromiso de los legisladores con el sector reflejó la adjudicación de un presupuesto constante, las partidas efectivamente giradas por el Tesoro Nacional se han ido disminuyendo, llevando al CONICET al incumplimiento de obligaciones. El país se encuentra hoy sensiblemente peor que años atrás en cuanto a la preparación de recursos humanos, constituyendo esto una hipoteca para el futuro. Su capacitación se caracteriza por ser un proceso acumulativo; en virtud de ello y por sobre toda otra consideración, se requiere perseverancia y continuidad en el tiempo, hecho que refuerza la importancia de cuidar el capital ya invertido, extremando las medidas para que rindan sus frutos.

Por ese motivo es necesario seguir atentamente las políticas sobre ingresos y promociones. La medida de restringir estos dos aspectos en tiempos de crisis económicas, resulta contraproducente por partida doble.

Por un lado, al constituir una señal inequívoca de la baja prioridad que se otorga a la formación de recursos humanos, abre justificados interrogantes respecto al futuro de los jóvenes y alimenta la desconfianza de éstos en relación con sus posibilidades de desarrollo profesional.

Por otro lado, no solo no evita sino que contribuye a aumentar el peligro mayor de la emigración definitiva. Si se pierde la capacidad de garantizar la reposición del personal indispensable para la

continuidad, el sector científico alcanzará un punto de no retorno, más aún si se considera la evolución de la composición etaria de sus investigadores que muestran claramente el envejecimiento del sistema. Se necesita un cambio brusco que permita resolver rápidamente el problema de la reproducción de sus cuadros en número y calidad adecuados, así como las cuestiones fundamentales atinentes a su financiación y vinculación con otros sectores de la sociedad.

Una sociedad basada en el conocimiento estará en mejores condiciones de alcanzar sus objetivos de desarrollo económico y justicia social y de lograr una mayor autonomía en sus decisiones. Sin excepción, todos los países con un alto y sostenido crecimiento económico en las últimas décadas han desarrollado una actividad importante en investigación en ciencias básicas y aplicadas.

Solo un país que hace uso del conocimiento es un país capaz de ser competitivo a escala internacional, esto es, exitoso en la comercialización de productos o servicios con alto contenido tecnológico, obviamente propio, pues sólo se puede hacer negocios con el conocimiento si éste es propio. Por tanto nuestra visión es que debemos atender al problema del valor agregado inteligente que somos capaces de producir los argentinos como manera de ayudar a superar esta crisis sin fin.

Algunos estudios serios para nuestro país, indican que –en condiciones de crecimiento normal y aplicando los instrumentos horizontales habituales de fomento a la investigación– sería necesario incrementar en un período de diez años el número actual de científicos en algo más que un factor 3, y llegar a una inversión en ciencia y tecnología del 1.5% del PBI al cabo del mismo, si se desea que al final de ese período, la mitad de las cosas que la Argentina produce y comercializa tengan valor agregado inteligente.

Quiero sin embargo aclarar en este punto que, frente a la masacre globalizadora, hasta los criterios tradicionales de valoración y ordenamiento de la actividad científica han sido subvertidos. Hoy, las ramas de la ciencia con mayor peso no son aquellas generadoras de conocimiento básico, sino las realizadas para atender demandas. No debe caerse en la equivocación de convertir el ejercicio de la investigación solamente en una actividad de negociación financiera -verdadero ejercicio de oferta y demanda- y se debe estar atento a esos peligrosos riesgos.

Está claro que se requiere una voluntad política muy firme y un gran esfuerzo nacional para alcanzar la meta mencionada, si consideramos que hoy día la Argentina cuenta con no más de 10 000 doctores en todas las ciencias, incluyendo las ingenierías, ciencias sociales y humanidades, y que el postgrado en todas las disciplinas produce anualmente alrededor de 1000 graduados en Maestrías o equivalentes y aproximadamente 500 doctores.

Siguiendo este criterio, es imprescindible que no se pierda ninguno más de los graduados con postgrados realizados y que se inicie simultáneamente un masivo reclutamiento de candidatos a doctores aplicando políticas claras y estables para mejorar la calidad y estructuración de los recursos, centrandose el accionar en programas amplios de becas de formación y postgrado, de promoción del investigador y de grupos de investigación, como así también, adecuando los mecanismos de transferencia al sector productivo de los recursos humanos formados, en el marco de un desarrollo armónico del Sistema Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación.

La Argentina, no puede tener el desatino de perder o desaprovechar ni uno solo de sus recursos formados, ni los jóvenes que son nuestra esperanza, nuestro futuro; ni aquellos que a pesar del color de sus cabellos y la severidad de sus rostros, siempre tienen veinte años para la acción o para el consejo, y que por decisión de vida se quedaron aquí, para construir, luchando en muchos casos contra la indiferencia y escasos recursos.

Sumado a la formación de recursos humanos –de cuya importancia nos hemos extendido– el CONICET fundamentó su accionar en otros tres pilares: las Carreras de Investigador y de Personal de

Apoyo, las Unidades funcionales, y los mecanismos de promoción como la financiación de proyectos de investigación.

El CONICET, en cuanto órgano de promoción científica con responsabilidad indelegable en el desarrollo equilibrado de las disciplinas científicas en las distintas regiones del país, debe acudir en apoyo allí donde sea necesaria su presencia.

El CONICET debe fijar una política clara para atender el desarrollo de las unidades de investigación vinculadas al mismo, sin que esto vaya en desmedro de los requerimientos de los individuos que no pertenezcan a ninguna unidad de investigación reconocida por el organismo.

El CONICET debe recuperar las capacidades plenas de promoción, ejecución y coordinación científica que son sustantivas a su desarrollo y por ende al de la ciencia y la tecnología. Se deben arbitrar medidas urgentes que le permitan recuperar su flexibilidad y no encorsetar su accionar.

El proceso de evaluación merece una consideración especial. Los miembros del CONICET están acostumbrados a evaluar y ser evaluados permanentemente. Precisamente es un sello que los distingue el haber estado sometidos a la cultura de la evaluación. Sin embargo, son necesarias ciertas precisiones. La rigurosidad de un sistema de evaluación no implica la rigidez y lentitud administrativa. Su revitalización se basa en la agilización de los instrumentos, la fundamentación de los dictámenes para ayuda del investigador, la limitación a los pasos estrictamente necesarios, la valorización del trabajo editorial de las revistas como etapa previa a la evaluación propia del organismo y la confianza de la comunidad científica en los evaluadores elegidos. Por otro lado, se torna imprescindible la explicación *ex ante* de los parámetros de calidad deseables para cada evaluación, posibilitando a los interesados la autoevaluación de su propuesta o desempeño, como así también la publicación de los parámetros de calidad resultantes de un determinado concurso o convocatoria. Esto ayudará a hacer más confiables los procedimientos, tanto para los beneficiados como para quienes no alcanzaron los niveles de calidad pretendidos.

Señoras y señores, el CONICET como el País necesitan hoy más que nunca del esfuerzo de todos. Este Presidente del CONICET convoca a colaborar a todos sus miembros sin distinción y con la única condición de idoneidad científica y moral, porque está seguro que sabrán responder con la honestidad de sus conductas y la generosidad de sus esfuerzos al llamado que el País necesita.

No menoscaba la dignidad de la función ni la investidura de la Presidencia, consultar a los que saben o tienen más experiencia. Un buen asesoramiento y un diálogo permanente con los actores del sistema es la mejor manera de pulsar demandas legítimas y detectar errores con vista a ser corregidos.

No escapa a la atención de los presentes, que la situación socioeconómica actual dificulta el cumplimiento de promesas y será necesario compatibilizar la forma de arbitrar medidas inteligentes sin pedir demasiado a las arcas del Estado.

Los factores político-sociales que determinan el actual relego de la ciencia tienen raíces profundas que difícilmente se resuelvan en el corto plazo. Seguramente llegará el día en que se comprenderá el valor de la ciencia como motor imprescindible para el desarrollo del país. Cuando arribemos a esa etapa, el país ya será otro, buscar la excelencia en la ciencia será algo obvio, y tal vez ni la Carrera de Investigador Científico será necesaria. Hasta ese entonces, los instrumentos que creó Bernardo Houssay parecen el norte más seguro por el cual guiarnos.

Las manifestaciones públicas y las conversaciones mantenidas con la Sra. Ministra de Educación, con el Sr. Secretario para la Tecnología, la Ciencia y la Innovación Productiva, y con las autoridades de las Comisiones pertinentes de ambas Cámaras Legislativas, abrigan la esperanza que la Ciencia en la Argentina no seguirá siendo tratada solamente como una cuestión de prestigio y enriquecimiento cultural, y por lo tanto su sostén limitado exclusivamente al requerimiento propio de estos valores.

Hace algunos días, un investigador amigo enterado de la noticia de mi designación, me recordaba el concepto que transmitía nuestro común maestro Don Bernardo Houssay "... a un hombre se lo conoce solo después de tres circunstancias, cuando pide, si lo hace con dignidad, cuando da, si lo hace con generosidad y cuando reparte, si lo hace con ecuanimidad". Otro de mis maestros, el Dr Carlos Cardini, decía "una nueva misión que iniciar, un nuevo apostolado que realizar".

Señoras y señores; lo he mencionado en otras circunstancias, el cargo que hoy asumo no es para decorar ni envilecer, trasunta, la responsabilidad de servir con amor al progreso de la Institución; con el amor que enaltece los logros de la ciencia cuando se sirve a la vocación, sin orgullosos dogmatismos, sin excesos tumultuosos, sin saciedades desesperadas, y se sabe esperar la floración de rodillas ante el milagro de una nueva primavera.

Eduardo H. Charreau

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas
y Técnicas, Rivadavia 1917,
1033 Buenos Aires
e-mail: presidencia@conicet.gov.ar

La carrera del investigador (del CONICET) ha mejorado profundamente la situación de la investigación científica y técnica en el país. Aumentó el número y calidad de los investigadores y la calidad de los trabajos. Esta influencia ha irradiado a las universidades y a la industria, contribuyó a desarrollar al país y disminuyó la emigración científica.

En la vida moderna, el adelanto y las fuerzas de los países dependen del número y la calidad de los científicos y técnicos, que constituyen el principal capital. Lo que se invierte en formarlos y ayudarlos es la inversión más retributiva que puede hacerse en el mundo actual, que depende profundamente de la ciencia y la técnica.

Bernardo A. Houssay (1887-1971)

Escritos y discursos del Dr. Bernardo A. Houssay. Ariel Barrios Medina, Alejandro C. Paladini (Compiladores). Buenos Aires: EUDEBA, 1989, p 394